

sia subia de punto en dignidad. Estudiaba prolijamente la Suma, y sin comprender cómo tal doctrina, propia de los siglos medios, andaba ya de vencida por el mundo, acomodábase á sus teoremas escuetos con aire de matemáticos, á sus divisiones proporcionadas y sutiles, á sus agudos silogismos. Nada tan propio á la esterilidad de su corazon, superior á las pasiones de la juventud, como aquella ciencia intrincada que por sus muchas complicaciones exigia profundo y atento estudio. Hallábase, pues, Calvino á poco de dejar tras sí la infancia y penetrar en la juventud, adherido á los altares antiguos, militando en los ejércitos del Papa, con la inteligencia henchida de ortodoxia y de escolástica, con el corazon dado á la observancia escrupulosa de las devociones eclesiásticas, semejándose por su fe y por su celo, á un aparecido de la Edad media sin conocimiento alguno de la revolucion religiosa y sin actitud para recoger en sus venas la savia calorosa del Renacimiento.

En tal estado, conoció á un pariente suyo que debia ejercer sobre su alma ilimitada influencia y que debia dar á sus ideas una direccion bien contraria. Llamábase Olivetano el nuevo elemento que iba desde entonces á componer un punto capital en la serie de las ideas de Calvino. Picardo de nacimiento como él, hijo como él de Noyon, miembro de su propia familia, todos estos títulos debian valerle una influencia inmensa en el alma de Calvino, tan abierta de suyo á las inspiraciones intelectuales de sus compañeros y de sus maestros. Olivetano habia viajado mucho, conocido personalmente á varios reformadores, puesto empeño en estudiar la reciente revolucion, aprendido el griego y el hebreo entre los doctores del Renacimiento, aplicado su actividad á la traduccion del Evangelio y sentido en su interior el efluvio eléctrico de las nuevas revelaciones. El entendimiento del jóven teólogo no estaba por cierto apercebido á las originales ideas de aquel nuevo amigo cuyo celo por el apostolado le decia en todas sus conversaciones á la continua que sobre los diversos comentarios escritos por manos humanas sobre los cánones, sobre los padres, sobre los concilios mismos, debia levantarse la revelacion divina expresamente contenida en los libros revelados que componen los santísimos Evangelios. Tal doctrina en verdad no persuadia por entonces á Calvino, pero le inquietaba. Amarilleaba cada vez mas su palidez, crecia su flacura, sublevábanse sus nervios, enardecíanse sus ojos, y fuera de sí, por

visiones extrañas salteado, iba con la hiel de las primeras dudas á los piés del confesor, demandando con demandas reiteradas á la penitencia, salud y escarmiento.

En esto, pasó á sus ojos una escena terrible. Vivía en Paris muy considerado á la sazón cierto protonotario apostólico, antiguo y excelente servidor del Papa Julian de Médicis, grande contertulio del Louvre y á quien Calvino conociera por las analogías de su cargo con el cargo de su padre, quien era como hemos dicho escribano tambien y secretario del episcopado de Noyon. Nada tan alegre como el Louvre y Fontainebleau cuando llovía sobre ellos sus primicias el Renacimiento, cuando Andrea del Sarto pintaba en aquellos salones sus cuadros y Benvenuto Cellini esculpía sus estatuas, y Margarita de Valois narraba sus cuentos y Primatice lucía en las bóvedas la magia de su pincel bien apropiado para los frescos deslumbradores, y Marot cantaba sus versos y damas de singular belleza traían sus mitológicas escenas animadas por la galantería y por el amor: voluptuosa corte, algo paganizada, pero decidora, vivaz, graciosa, jubilosísima y elegante. Pues un día se corre la noticia de que el protonotario, cortesano que á la sazón solamente contaba treinta y seis años, se habia dejado decir algunas bromas heterodoxas contra la Virgen, por lo cual acababa de ser recluido en prision y condenado por hereje. Pasaba tal escena en el año vigésimoséptimo del siglo décimosexto, Calvino corrió á presenciarla. ¡Cuál no seria su horror, viendo al gentilhombré á quien habia conocido cargado de preseas, de brocados, de cintillos, de plumas, con una vela en las manos, una soga en el cuello, un sayal en las carnes, fuera de la boca la lengua y casi de las órbitas los ojos, llevado ante la puerta mayor de Nuestra Señora de Paris á fin de que abjurase sus creencias, y no queriendo abjurarlas, conducido á la plaza de la Greve entre los soeces insultos y los violentos golpes de una muchedumbre supersticiosa que corria desalada en pos de sus tristes pasos para verlo morir en las llamas, como pudieran ir las muchedumbres de la Roma imperial á ver en los circos de las fieras los holocaustos y sacrificios de los primeros mártires del Cristianismo! Lo primero que llamó la reflexión de Calvino fué la virtud de una idea que inspiraba tanta fortaleza.

Precisa conocer el carácter y naturaleza de las persecuciones religiosas en

Francia para sentir con verdad las fases varias del espíritu de Calvino en sus mocedades. No busqueis en la nacion francesa la inflexible resolucion de los españoles contra la Reforma, ni tampoco el asentimiento entusiasta de los alemanes y de los suizos. Centro de la Europa culta su gran ciudad; encrucijada luminosa de muchos caminos diversos su tierra; raza media entre los latinos y los germanos su gente; semi del Norte y semi del Mediodía su lengua, en esta crisis de la revolucion religiosa, fiel á sus destinos históricos, debía Francia representar como un término medio entre la Reforma y el Catolicismo, y para significar y representar esto, debía Francia tener una incertidumbre manifiesta por espacio de mucho tiempo entre la conversion y la persecucion.

Uníase á este natural estado de su ánimo, un cúmulo de circunstancias extraordinarias. Francisco I aparecerá en la historia eternamente, como la incertidumbre coronada. Ninguna idea superior, siquier falsa como las muchas que iluminaban la persona de Carlos V, ninguna idea caía de lo alto sobre su aventurera figura. Movíale tan solo el anhelo de propio engrandecimiento y la codicia de numerosos territorios. Para llegar á tamaño fin y granjearse uno y otro placer, dudaba siempre, así en su política interior como en su política exterior, así en la eleccion de fuerzas nacionales sobre que apoyarse como en la eleccion de alianzas extranjeras con quienes entenderse. Tanta perplejidad, ó bien del lado de Alemania le inclinaba ó bien le inclinaba del lado de España; ora le impelia fuertemente hácia el Emperador y el Papa, ora le impelia fuertemente hácia los Electores de Sajonia y hácia los marqueses de Brandeburgo y á la liga de Esmalcalden, obligándole á tratar con Carlos V, con Clemente VII, con Enrique VIII, con el Landgrave de Hesse, con el Archiduque de Austria, con el Sultan de Constantinopla, con todos los potentados del mundo, á reserva de reñir así que cambiaban los vientos en el cuadrante ó las ideas y los caprichos en la inteligencia y en la voluntad del caprichoso monarca.

Otra razon habia tambien para esta incertidumbre y marasmo. En aquel caballeroso tiempo del Renacimiento dominaba con extraordinario predominio la mujer. Los nombres de Isabel la Católica, de Juana de Arco, de Victoria Colonna, de Catalina Bora, de la Fornarina y de tantas otras, vienen á

mostrar la verdad indudable de esta tesis. Pues en aquellos tiempos la corte por excelencia de las mujeres era la corte de Francia. Reinaban dos, principalmente, sobre la conciencia y sobre la voluntad de Francisco I, su madre, Luisa de Saboya, y su hermana, Margarita de Navarra. Una y otra le prestaron servicios inolvidables. Aquella, manteniendo Francia firme y unida en la horrible adversidad del cautiverio; ésta, corriendo á Madrid en socorro del cautivo y procurando su rescate con la prudencia de un estadista y la habilidad de un diplomático. Tales recuerdos daban á una y otra, tanto sobre la voluntad del rey como sobre la política del reino, desmedido influjo, acrecentado con los afectos intensísimos que debían naturalmente inspirar sus diversos caracteres y sus pródidos ministerios de hermana y madre. Pero casualmente Luisa de Saboya, la cual aparece ante la historia como un hombre de Estado, pertenecía por completo al Catolicismo á pesar de la ligereza de sus costumbres; mientras Margarita de Navarra, la cual aparece ante la historia como una poetisa que ora escribe sentidos versos, ora espiritualistas y religiosos devocionarios, ora cuentos verdes á pesar de la pureza de sus costumbres, inclinábase por completo al Protestantismo.

Por tanto, siempre que predomina Luisa de Saboya, tiende la política francesa á la persecucion mas ó menos cruel; y siempre que predomina la reina de Navarra, tiende la política francesa á la libertad y á la tolerancia. Un ejemplo singular evidenciará la singularidad indudable de semejante proceder. Predica el luterano Berquin allá en las tierras de Artois y lo prenden; interviene Margarita y el rey prohíbe al Parlamento con imperio todo proceso. Así, en 1526 se ve á un mismo tiempo un martirio en la plaza de Mover, una abjuracion en la ciudad de Meaux, varias hogueras en tal ó cual punto; mientras al volver Francisco I y sentir el influjo de su hermana Margarita, se abren las puertas de los calabozos para dejar paso á los cautivos que parecen muertos resucitados, se reúnen los evangélicos en Blois, se llena de revolucionarios la corte misma de Francia y vienen hombres como Farell á predicar la Reforma y á difundir el Evangelio. Pero en 1527, Margarita se aleja de Paris para pasar algun tiempo en su ciudad de Pau y la persecucion comienza de nuevo por influjo de Luisa de Saboya y su consejero Duprat, hasta el extremo de llevar al martirio á de La-Tour con tal saña, que presin-

tiendo Margarita nuevos suplicios y terror nuevo, abandona el Pirineo, corre al Sena, interpone su pecho como escudo entre la cólera del monarca y la vida de los sectarios, logrando con su presencia detener el brazo formidable de la persecucion. Pero al poco tiempo rompen algunos malvados ó fanáticos antigua imágen de la Virgen muy adorada en la calle de los Rosales, y la cólera del Rey se anima de nuevo y de nuevo se avivan y encienden las hogueras.

Así, aquel Berquin, preso en Artois por mandamiento de Luisa de Saboya en 1526 y redimido por la intervencion saludable de Margarita de Navarra, vuelve nuevamente á caer en cautiverio. Gentilhombre por su cuna y de natural nobilísimo por su carácter, no podia ceder al miedo, y dibujaba con facilidad en sus labios las ideas y los sentimientos que otros mas tímidos ó mas precavidos guardaban allá en los repliegues de sus corazones y de sus conciencias. ¡Oh! Así como Francia es término medio entre Alemania y España, su lengua término medio entre las lenguas del Norte y las lenguas del Mediodía, su religion término medio entre el ultramontanismo y el Protestantismo, como lo prueba la Iglesia galicana, en estos momentos supremos, á la continua oscilaba entre los dos polos, entre las dos almas de Luisa de Saboya y de Margarita de Navarra, entre las dos inclinaciones del Rey por la liga protestante á causa de su política y por el Papa y el Concilio á causa de su religion; entre aquel gran colegio de sabios llamado por Francisco I para divulgar el griego y el hebreo, y aquella Universidad aun adscrita, como en los siglos medios, al aristotelismo y al tomismo. Por consiguiente indecision igual en la esfera de la inteligencia que en la esfera de la accion. Lo que Margarita de Navarra y Luisa de Saboya eran en el seno de la corte, lo eran á su vez en el seno del espíritu nacional los doctores herederos de la vieja ciencia sorbonense y los sabios humanistas del Renacimiento. No se satisfacía la Sorbona con argüir, quemaba; y no se satisfacía con quemar los libros y reducir á cenizas las letras, quemaba y reducía á cenizas tambien las personas.

Así, ella y solo ella inquirió las palabras mas ó menos ortodoxas del pobre aristócrata Berquin y le armó un proceso á cuyo término debía tristemente resultar una sentencia de muerte. La Conserjería destinada en tiempos

futuros á tormento de los sacerdotes y de los reyes, guardaba entonces en sus oscuros calabozos á los reformadores y á los revolucionarios. Berquin cayó allí á pesar de la proteccion fervorosa de su amiga la reina de Navarra. Descubriéronle, por una desgracia bien accidental, papeles y libros redactados con espíritu revolucionario, y lo quemaron sin piedad. El dia de su muerte se puso los mejores vestidos. Un manto de terciopelo caía de sus hombros; una ropilla de brocado ceñíase á su cuerpo; brillaba sobre su cabeza el bello birrete con plumas del siglo décimosexto, y en su cuello resplandecían collares de oro: que no podía vestirse con menos lujo un cortesano, seguro de presentarse aquel mismo dia en la corte soberana del Altísimo.

Así, la persecucion sube ó baja en Francia á continuados intervalos y en alternativas incesantes. Por 1531, deseoso Francisco I de contrastar la influencia inmensa del Emperador, envía un emisario á la liga de Esmalcalden, y tan alto emisario, como para permanecer constantemente fiel á la incertidumbre propia de su nacion, mientras protege y alaba la política de los príncipes, contradice y contrasta su religion y sus creencias. Naturalmente, siempre que Francisco I tiene algun género de interés que pueda ligarlo con los alemanes, suspende las persecuciones, y siempre que Francisco I tiene algun género de interés que pueda ligarlo con el Papa ó con el Emperador, las recrudece, dándoles así un carácter terrible y repugnante, porque las crueldades que las acompañan como su nefasta sombra no tienen siquiera excusa en los ardores de la fe. Así, cuando se inclina del lado del Rey de Inglaterra, muy resentido con el Pontífice á causa de los impedimentos puestos á su matrimonio con Ana Bolena, diríase que va rápidamente acercándose la victoria del Protestantismo: las puertas del Louvre se abren á los predicadores evangelistas; las Iglesias metropolitanas resuenan con las palabras de la gracia eficaz; los papistas caen á una en las mismas redes tendidas á sus enemigos y reciben los rayos de la régia cólera; los interrogantes é inquisidores son á su vez interrogados é inquiridos; y parece con seguridad que la revolucion religiosa con todas sus consecuencias arde vivaz en la tierra de Francia como pudiera por entonces arder en la tierra de Alemania.

Bien es verdad que contribuye á todo esto el influjo poderosísimo de Margarita de Navarra. Los escritores de la reaccion religiosa no sabiendo cómo